

## RESEÑAS

LUIS FERNANDO LARA, *Historia mínima de la lengua española*. El Colegio de México-El Colegio Nacional, México, 2013; 570 pp.

La *Historia mínima de la lengua española*, de Luis Fernando Lara, es un relato relativamente breve, continuo y sin digresiones que ofrece las claves esenciales para conocer los orígenes y el desarrollo milenario del español, que sigue la tradición inaugurada por Antonio Alatorre en *Los mil y un años de la lengua española*, que “trata la lengua en su historia propia, española y americana, sin el sesgo nacional característicamente españolista” (p. 12).

La obra tiene su origen en la serie de conferencias que Lara impartió en El Colegio Nacional en 2010, viene acompañada de un DVD que contiene múltiples mapas e ilustraciones y está dirigida a un público que no es de especialistas, como son los estudiantes que comienzan una formación universitaria en lingüística o literatura. De allí que el autor exponga clara y amenamente varios temas de interés para los hispanohablantes, como el origen y variación en diversos países del uso de los pronombres de segunda persona (*usted, tú, vos, ustedes, vosotros*); como las particularidades del sefardí y la realidad del *espanglish*; como la conservación de la letra *v* en la escritura por razones etimológicas; como las diferencias entre el sistema fonológico andaluz-americano y el del español moderno de Castilla, ambos descendientes del sistema castellano medieval que se mantuvo hasta comienzos del siglo XVI, etcétera.

Lo original de esta *Historia mínima* reside en la importancia que le confiere al papel de los diferentes pueblos de España y América en la formación y evolución de su lengua: de los prerromanos, romanos, árabes, mozárabes y judíos, hasta los pueblos indios, africanos y mestizos. Después de todo, han sido esencialmente los hablantes de estos pueblos, y no tanto los reyes ni las academias, los que han cultivado

y cultivan la lengua y cultura hispánicas, particularmente mediante sus diversas tradiciones discursivas, cultas y populares, como la poesía, las adivinanzas, la novela, el teatro, el periodismo y el texto científico, entre otras.

También sobresale la multitud de voces que se oyen a lo largo de esta narración. Se trata de un coro muy sonoro; por un lado, de voces anónimas, las de los pueblos que han cultivado sus tradiciones verbales, propias y prestadas; pero, por el otro, las de los diversos personajes clave de esta narración, que Lara logra hacernos oír: Alfonso el Sabio, Elio Antonio de Nebrija, Íñigo López de Mendoza, Francisco de Quevedo, sor Juana, Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Ramón Menéndez Pidal, Pedro Henríquez Ureña, entre muchos otros, y que conversan entre sí para exaltar, cuidar, conservar, innovar, entender, enjuiciar y celebrar la lengua española.

La visión y la reflexión del autor sobre la situación del español actual merecen un capítulo aparte. La extensión de los territorios y la complejidad social, política y económica de los 22 Estados nacionales donde se habla no pueden pasarse por alto. Es evidente que cada nación hispanoparlante cuenta ya con su propio español nacional y que poco se ha hecho para llegar a conocerlos; apenas se han podido publicar, con muchos esfuerzos, algunos atlas lingüísticos de, por ejemplo, Colombia, México y España. La Academia y sus agencias poco hacen por remediar esta situación, en parte porque sería una tarea enorme, pero sobre todo porque, en los hechos, consideran que la lengua española es monocéntrica y no policéntrica, muy a pesar del discurso de sus integrantes en la nueva *Ortografía* y la *Nueva gramática*. Como bien apunta Lara: “Cada país forma un centro de irradiación y de establecimientos de normas para su propia comunidad, y ninguno puede suponer que su español sea mejor o se deba imponer sobre los otros” (p. 499).

En ese contexto, el concepto de multipolaridad se refiere a la capacidad de ciertos centros de irradiación de influir sobre otros y difundir su español más que los segundos, capacidad que depende del tamaño de su población, de su nivel educativo y de la fortaleza de sus medios de comunicación, como la televisión, los periódicos y las casas editoriales. Sobra decir que hoy en día estos polos de irradiación están en Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Madrid y México. Por eso, resulta inquietante que estos centros a menudo insistan en difundir sus españoles locales, mediante la prensa y las traducciones de lenguas extranjeras, en lugar de un español común (muchas traducciones españolas suenan abiertamente provincianas), lo que vuelve reales los temores de Andrés Bello y Rufino José Cuervo: que la unidad de la lengua deje de ser un valor y unos dialectos se alejen de otros.

Es claro que el español común que nos une a todos es el de la tradición culta, pero, dada la necesidad tácita de afirmación de los españoles

locales, no es evidente que cada país y cada polo de irradiación deban privilegiar la difusión del registro culto. Ciertamente es que conocerlo, cultivarlo y difundirlo supone mayores esfuerzos que quedarse con el español local, a veces difícil de entender fuera de sus fronteras, o apearse a las normas impuestas por la Academia y sus agencias, las que a menudo resultan arbitrarias en comparación con el uso común. Sin embargo, como apunta Lara, “la tradición culta no tiene nacionalidad, no está atada a una historia patria y no se puede someter a una agencia normativa, por consecuente y poderosa que sea” (p. 501).

A lo largo del libro, se exponen tres valores sociales que organizan nuestra idea de la lengua y que están íntimamente relacionados con la tradición culta. En español, los hemos adquirido en el curso de la historia y nos permiten tener una idea más o menos clara de nuestra lengua. De hecho, contrastan con las ideologías puristas, que alejan aún más nuestra limitada percepción de la lengua de su realidad interminable. El primer valor surgió en el siglo XIII, cuando Alfonso el Sabio ordenó que todas las leyes se escribieran en romance español para garantizar que todos las entendieran. Este hecho simboliza el aprecio que tenemos los hablantes por nuestra capacidad de darnos a entender y entender a nuestros semejantes, aunque nos equivoquemos al hablar o hablemos en un registro equivocado. El segundo valor fue instituido simbólicamente por Elio Antonio de Nebrija, en la época de los Reyes Católicos, cuando se tuvo la conciencia de que era necesario identificar la lengua que habría de llevarse a los nuevos territorios conquistados, tanto en Europa como en América. El valor de la identidad de la lengua es el que nos permite reconocernos como hispanohablantes, ya seamos cubanos, chilenos, castellanos, mexicanos, etc., por diversas que sean nuestras maneras de hablar. El tercer valor es el de la unidad de la lengua y emerge después de las independencias de los países de América Latina. Es Andrés Bello quien primero lo impulsó para buscar contrarrestar la posible fragmentación del español. Este valor nos ha permitido conservar la idea de una lengua española unificada, que no nacional ni homogénea, y que nos invita a hablar y escribir evitando lo que percibimos como regionalismos, para garantizar que nos entiendan los demás. En suma, estos tres valores son fundamentales para entender y conservar nuestra tradición culta.

Por eso, resulta decisivo que la comunicación panhispanica se apoye en esta tradición común y que cada centro y polo de irradiación del español promueva las tradiciones verbales cultas para fomentar su mayor difusión de manera escrita y hablada en los medios masivos de comunicación, como la televisión, el cine y, hay que agregar, la web. Esto será crucial si queremos conservar la unidad de la lengua y, de ninguna manera, sería en detrimento de las tradiciones de habla populares que cada nación hispanohablante puede y debe cultivar y celebrar, mediante su promoción en la educación y, también, en los

medios, como parte de su acervo nacional, y al conocerlas mediante su investigación en todos los niveles lingüísticos.

ALFONSO MEDINA URREA

El Colegio de México

MÓNICA RUIZ BAÑULS, *El huehuetlatolli como discurso sincrético en el proceso evangelizador novohispano del siglo XVI*. Pról. de fray Francisco Morales OFM. Bulzone Editore, Roma, 2009; 285 pp.

¿Qué significan los textos *huehuetlatolli* para un lector moderno? Ésta es de las preguntas fundamentales que surgen al leer el estudio de Ruiz Bañuls y, en parte, lo que la estudiosa trata de resolver para un público actual y poco especializado. Su publicación pertenece al proyecto de investigación de la Universidad de Alicante: “Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano”. Como su título indica, se trata de rescatar elementos literarios del mundo indígena para entender mejor cómo se utilizaron éstos en la tarea evangelizadora de Nueva España. Según señala la autora, un aspecto del problema de estudiar los *huehuetlatolli* es que hay varios planteamientos diferentes en torno a la conceptualización del término e incluso a su definición estricta, sobre todo en relación con la literatura nahua. A pesar de que no se atreve a asignarle una definición propia, proporciona al lector un valioso recorrido por varias propuestas de la crítica moderna que sirve para dar mejor idea sobre el género literario en cuestión. Entre las mencionadas aparecen algunas de Miguel León Portilla, Amos Segala, Salvador Díaz Cíntora, etc. Al comparar los diferentes significados, todos coinciden en que el *huehuetlatolli*, en su sentido más estricto, es el discurso de los ancianos, pues son composiciones, ya en verso, ya en prosa, que dan testimonio de la sabiduría ancestral. Su contenido puede tratar principios o normas importantes para el orden social, político o religioso del mundo nahua y explica lo que es o debe ser la vida en la tierra según sus ideales. Tales elementos son los que permiten la asimilación de ambos discursos y la convivencia del saber azteca antiguo con los propósitos eclesiásticos. En este sentido, se puede considerar que la cosmovisión de los textos que presenta la autora se acerca al modelo europeo de filosofía moral y de teología.

El planteamiento central del libro trata de responder a la pregunta inicial sobre el significado moderno de tales textos y proporciona una dicotomía de conceptos que parten de una visión de ello, no solamente como “medio para el estudio de las costumbres de los nahuas y testimonio fundamental de la literatura prehispánica” (p. 15), sino también